

PSIQUIATRÍA Y ECONOMÍA: PROYECCIONES MUTUAS

Pedro Ridruejo Alonso

Catedrático y Director del Departamento de Psiquiatría. Universidad Autónoma de Madrid.

UN EJERCICIO DE APROXIMACIÓN.

La Universidad Autónoma de Madrid viene albergando un grupo de reflexión en torno a la problemática de la multidisciplinariedad. Diferentes partícipes, provenientes de ciencias muy diversas, hemos sido sensibles al sentido y al provecho que tiene el intercambio de puntos de vista teóricos y metodológicos sobre nuestro quehacer científico.

Bien pues, la Revista *Encuentros Multidisciplinares* que hoy nace a la luz pública, pretende recoger algunos de esos testimonios de dialogo del grupo, cuyo impulso primero debemos a la iniciativa del profesor Jesús Lizcano.

Parece conveniente que la suerte que me corresponde al ofrecer una primera muestra escrita que acredite la existencia de ese foro de reflexión, comience por hacer explícita invocación, al hecho del que arranca nuestro trabajo, y posteriormente, al sentido que para mí tienen dos palabras cargadas de la máxima significación, como expresivas del mismo.

Nuestro punto de partida surge en torno al fenómeno que se produce hoy en los más diversos aspectos de la vida, pero sobre todo en la vida cultural, cuando el intelectual se encuentra ante disyuntivas en las que la opción no parece tan evidente y resolutoria como sería de esperar. Porque es cierto, como señala GARCÍA OLMEDO (1998), que “el conocimiento avanza vertiginosamente y que, en principio, se encuentra disponible de un modo más universal que en cualquier otro momento anterior de la historia”, pero no lo es menos, sin embargo, como él mismo añade, que “existen dos grandes impedimentos a nuestro pleno dominio del valiosos acervo acumulado: su mero volumen y su extremada compartimentalización. De entrada, los lenguajes propios de las distintas disciplinas han divergido tanto entre sí, que los contenidos de cada una de ellas resultan de difícil acceso para especialistas en materias afines y, por supuesto, para el resto de la sociedad, como si se cumpliera una ley de vasos comunicantes”.

Frente a ello, no es menos cierto que existen, también, de una parte, “un nuevo humanismo que busca de encontrar un lenguaje común”, en el que se puedan contrastar entre sí y difundir conocimientos aunables, permitiendo coordinar el estudio de nuestros grandes problemas, y de otra parte, una voluntad de acercamiento entre las distintas ciencias. Ese acercamiento es consecuencia, tanto de la necesidad de cooperación que se aprecia en diversos campos científicos, donde es imprescindible trabajar con una concurrencia de saberes, cuanto del hecho indudable de un descubrimiento sorprendente, en el parentesco que denuncian sus categorías básicas comunes y sus propias utilizaciones metodológicas y técnicas.

De todas esas razones, ha nacido ese movimiento en pro del acercamiento de los saberes, en que estamos comprometidos el grupo de profesores de la Autónoma a que antes hacía referencia, dispuestos siempre a intercambiar los contenidos, tanto profundos como metodológicos, que puedan convenir.

En el panorama de la literatura científica contemporánea, se han subrayado casos y personajes relevantes, en torno a cuyos nombres cabe simbolizar el patrimonio multidisciplinar. Precisamente el profesor GARCÍA OLMEDO, a quien hemos citado, ha recordado el ejemplo de uno de esos cultivadores insignes en la figura de CAVALLI-SFORZA “(De los genes a la felicidad” Revista de Libros. Noviembre, 1998), genetista de poblaciones, quien a partir de su propio saber biogenético, se ha adentrado en ámbitos tan variados como los de la Arqueología, Antropología, Lingüística, Historia y Demografía.

Así pues, es obligado testimoniar que existe, frente al atomismo superespecialista, productor un reino de Taifas, obsesionado con sus diferencias y poniendo en peligro la unidad del saber humano, una idea integradora que intenta poner un vínculo en el quehacer cognoscitivo de todas ellas, sobre cuya pretensión está anclado nuestro ideario de trabajo.

En tal empresa, así diseñada, vienen siendo utilizadas y esgrimidas dos palabras cuyo sentido me gustaría, personalmente, aclarar. Se trata, en primer lugar, de la voz *multidisciplinariedad* que estamos utilizando como término estrella en nuestra prospectiva. Sin divagar en referencias eruditas, su propia raíz parece introducirnos en el supuesto indiscutible de la pluralidad y diversidad de disciplinas que concurren en la explicación de un campo científico. Ese espectáculo multivariado con el que se atiende a las necesidades de análisis y de resolución propias de los grandes problemas, parece mostrar, de manera conclusiva, como las diversas disciplinas se revelan en su disposición a alternar entre sí. En esa *con-versión*, algunos campos más que otros, parecen propicios al acercamiento y articulación, aún cuando fueran procedentes de mundos distintos y hasta lejanos.

La otra voz que sirve de pista de despegue, cuando pensamos en las posibilidades de relación que tienen las diversas ciencias, es la de *interdisciplinariedad*, como alusiva al conjunto de vínculos y de prestaciones que entre ellas se producen, cuando las une un común objeto material, o cuando utilizan métodos equivalentes, o cuando comparten algunas categorías, o incluso, en fin, cuando son capaces de emparentar en razón de sus objetivos. La referencia específica al método, al arsenal tecnológico, al espectro de sus aplicaciones y al modo propio de su trabajo, es quizás el signo más común de esa relación instrumental que entre las mismas se establece. Y todo ello sin dejar de tener en cuenta que las relaciones intercientíficas pueden ser acreditadas de forma meramente dual, por referencia a un par de ciencias o de forma grupal a un conjunto más amplio.

Si la voz multidisciplinariedad instauraba el fenómeno del encuentro entre las ciencias, subrayando la forma en que las disciplinas concurren en un ámbito científico donde se las requiere pluralmente, la voz interdisciplinariedad alude, mas bien, por vía instrumental y concreta, a las operaciones de ajuste metódico, tecnológico y de estilo de trabajo que van a servirles de conexión, garantizando rendimientos insospechados en su propio beneficio.

La preocupación por toda esa problemática que se articula muy bien en el seno de una vocación epistemológica tan viva en la filosofía contemporánea, puede encontrarse, como apunta MENÉNDEZ OSORIO (1998), en la literatura expositiva de GUSDORF (1983), SMIRNOFF (1983), SORIGNER (1993), APOSTEL (1983), etc., sin que nos quepa a nosotros, por el momento, entrar en detalles sobre sus planteamientos generales, ni tan siquiera sobre lo que son las peculiaridades propias en el ámbito de las ciencias sociales o en el de las ciencias clínicas. Pero conste que el tema goza de un enorme encanto, aunque arrastre, desde luego, espinosas dificultades.

ECONOMÍA Y PSIQUIATRÍA: UN ABARCADOR COMÚN.

Nuestro cometido particular en este ensayo, se centra en el encuentro singular entre dos ciencias aparentemente retiradas, que militan en campos científicos a primera vista dispares, y que se presentan bajo los nombres de Economía y Psiquiatría. Bastaría asomarnos a la etimología de sus propias denominaciones, para descubrir esa distancia, ya que la voz *economía* se erige sobre la base de

los vocablos griegos *nomos* y *oike*, esto es, *ley* y *casa*, como un proyecto de establecer la norma del hogar; y que la *psiquiatría* lo hace sobre los términos *psyche*, e *iatros* como expresión del *ánima* y la *cura*, equivalente a la sanación mental.

La sorpresa de ajeneidad que esas dos voces nos anuncian, no es tan desmesurada, aunque sigue siendo importante, cuando buscamos en los clásicos lo que constituye la esencia de la definición de una y la otra. Porque entonces, por ejemplo, MARSHALL (1954), nos va a hacer entender por Economía el “estudio de la riqueza y de la actividad humana en su torno”. Lo que en términos más cercanos, COLONNA D’ISTRIA (1997) traduce como el “comportamiento de los hombres contra la escasez y el logro de los bienes y servicios necesarios para satisfacer las necesidades”.

Por su parte, la Psiquiatría, es concebida por EY (1974) como la ciencia médica cuyo objeto es la enfermedad mental. Y esta, a su vez, como un trastorno del comportamiento proveniente, bien del inconsciente patógeno, de alteraciones mecánicas en los centros cerebrales, o de cualquier otro generador somático y, desde luego, de la desorganización dinámica de las fuerzas psíquicas actuantes en distintos niveles.

El primer intento de aproximación entre estas definiciones, aún en cierto modo extrañas entre sí, podría comenzar a producirse en los presupuestos que para la ciencia económica describe COLONNA D’ISTRIA en términos tales como el juego de la racionalidad de los mecanismos económicos, asumiendo, sin embargo, el que las personas pueden comportarse, a veces, instintiva e irreflexivamente. O en el hecho de que la ciencia económica sea considerada como una ciencia humana, siendo sus mecanismos y normativas afectadas por la contingencia, puesto que esos mecanismos económicos dependen ampliamente de los de otras ciencias.

Parece todo ello querer decir, que en el proemio de un posible horizonte de encuentros, la mejor llave de aproximación entre las mismas, es su vinculación a fenómenos humanos. Tal pronunciamiento entraña una afirmación trascendente tanto para la Economía como para la Psiquiatría, aún reconociendo que los saberes del hombre son muy varios y distintos, y que en su ancho espectro se sitúan tanto aquellos que surgen de la estirpe biológica, cuanto los que lo hacen de un trasfondo filosófico y, desde luego, todos aquellos que parecen evidenciar un singular sesgo histórico-social.

El pensamiento alemán produjo la primera distinción entre *Geisteswissenschaften* y las *Naturewissenschaften*, cuando su criterio de diferenciación epistémica se hizo descansar en la “comprensión” para las primeras, frente a la “explicación causal” para las segundas. Tal distinción se ha ido lentamente matizando con la aparición de saberes que han tomado como término los fenómenos humanos, a los que, sin embargo, se les aplica la metodología propia de los naturales, para ver de dar cuenta de ellos cuasiexplicativamente. Ese será el campo propio de aquellas ciencias, que en contraposición con las exclusivamente naturales, llevó al profesor DIEZ DEL CORRAL a destacar la paradoja entre la pequeñez del observador y la inmensidad de lo observado, frente a la arrogancia del científico cuando maneja estructuras moleculares.

El esquema de conocimiento en que nuestras dos disciplinas militan, abre, también, el camino a una contraposición en su seno, con ocasión del ejercicio de una opción preferencial a uno de los dos polos de orientación que determinan su marcha epistemológica: lo matemático o lo histórico. Porque mientras lo matemático no persigue objetos concretos y todo en ello es “forma”, lo histórico se adscribe a un objeto supercomplejo en el que no puede encontrarse expresión normativa estricta. A través de esa elección, queda patente, con la dosis diferencial de participación de cada una en uno u otro polo, el sesgo propio de su contextura científica.

Quizás, nada mejor que ese estatuto de caracterización de los saberes, con cargo al que acercan o se separan, para ser espejo donde se refleje la hazaña propia, que tanto la Economía como la Psiquiatría llevan a cabo, en la utilización de sus componentes básicos. Porque es indudable que la

Economía ha introducido elementos formalizados en su consideración científica, cuando el juego estadístico nos presenta en múltiples ocasiones referencias a mercancías, técnicas y hechos contables regidos por leyes formales, asimiladas al mundo natural, tal y como hubieran soñado los mejores fisiócratas. Y esa misma es la tentación en que vive la Psiquiatría, cuando se pliega a sus bases neuroquímicas, neuroanatómicas, neurofarmacológicas y genéticas, sin darse cuenta de que su identidad científica se disuelve al ceñirse solo a ellas.

Ni la Economía puede quedar reducida a la estadística de sus datos inertes, ni la Psiquiatría puede construirse sin conjugar con aquellas bases neurofisiológicas un cúmulo de variables que provienen de la mente y de la sociedad con las que el ser humano se constituye.

Es indudable que en un caso y en el otro, en el de la Economía como en el de la Psiquiatría, nos encontramos ante unos entramados complejos y singulares. Por lo que afecta a la Economía, el propio MARSHALL señalaba como ella es, al mismo tiempo, un estudio de la riqueza y una parte del estudio del hombre. Como si evocara aquella postulación de ARISTÓTELES cuando distinguía la *Crematística*, como “ciencia de la acumulación ciega e indefinida de la riqueza” y la *Economía*, como “ciencia de la adquisición de ella en vista al bien de la comunidad doméstica”. Es indudable que de esa posible ambigüedad sigue prendida la economía contemporánea, como si fuera su íntima crisis de conciencia.

Metodológicamente, parece existir en la Economía un doble movimiento, que maneja en el plano tecnológico un utillaje cercano a la ciencia de la naturaleza y en el plano humano, el propio de las ciencias de la conducta. Como ha señalado GRANGER en su “Metodología Económica” (1955), la Economía es, simultánea y confusamente, una ciencia de cosas, una ciencia de acciones y una ciencia de estructuras sociales. Como ciencia de las cosas, supera incluso los objetos y productos naturales, pues precisa un rol de apropiación y manejo con el que se conquista la condición de bien económico. Por otro lado, la Economía resulta una ciencia de productos intencionales de la actividad humana y de su ciclo de consumo, sin ser tampoco, meramente, un arte o una técnica de producción y consumo. Y, desde luego, añade GRANGER, que no existe una economía robinsoniana, ya que la naturaleza social del objeto económico tiene valor heurístico, pues lo estrictamente individual está vacío de significado económico. Así pues, la ciencia económica es una disciplina de síntesis, donde no cabe desconocer sus propias bases, pero tampoco reducirse a cualquiera de ellas.

Por lo que respecta al entramado propio de la ciencia psiquiátrica, nadie mejor que George ENGEL, profesor de Rochester, para sintetizar, con su famoso artículo en *Science* (8 de Abril de 1977) la necesidad de una nueva perspectiva médica que obliga a definir la enfermedad, y desde luego la enfermedad mental, desde un modelo *biopsicosocial*. En él se proclama la insuficiencia exclusiva de los parámetros orgánicos, se descubre la escasa relación entre procesos bioquímicos y datos clínicos, se reconocen las variables significativas que influyen en la manifestación y en el curso de las enfermedades, y, en fin, se declara la insuficiencia con que el llamado tratamiento orgánico puede producir la restauración integral del paciente. Para ENGEL es preciso incluir el hombre, la enfermedad, la situación y todo el conjunto de factores biológicos, psicológicos y sociales, en el análisis del proceso mórbido. Lo que solamente podría llevarse a efecto en el marco de una teoría general de sistemas como la postulada por VON BERTALANFFY, abriendo así un camino hacia la holística.

Bien pues, con los antecedentes anteriormente expuestos, bien podríamos acabar formulando un primer entendimiento entre la ciencia económica y la ciencia psiquiátrica como ejemplos manifiestos de lo que Thomas KUHN (1971) ha llamado “esquemas multiparadigmáticos de ciencia”. KUHN postula que el paradigma es el definidor de una “manera de modelizar un ámbito preciso de conocimientos, en el que están de acuerdo la mayoría de sus investigadores”, lo que descansa sobre su manera de ver el mundo y sobre los principios en los que se asienta aquella modelización. Tal, el

paradigma newtoniano del s. XVII que ve el mundo como un sistema mecánico regido por un conjunto de fuerzas.

En su “Estructura de las revoluciones científicas”, KUHN revela como en la historia de la ciencia, un paradigma determinado es sustituido por un nuevo paradigma, tal y como ejemplariza la historia de la Física. Sin embargo, para las ciencias que implican lo humano KUHN reserva un hecho insólito, como es el de la pluralidad paradigmática, que no conlleva en este caso, como lo conllevaría en los saberes de la Naturaleza, una muestra de inmadurez. Porque el paradigma hay que aplicarlo en la historia de unas u otras ciencias, de manera, solamente, analógica. Hoy precisamente, la madurez de los saberes del hombre, se orienta en orden a su multiparadigmaticidad, en la que se liberan y coexisten modelos plurales.

Así las cosas, los paradigmas con que está funcionando la Psiquiatría, son tantos cuantos revelan los modelos reflexológico, conductista, neoconductista, psicoanalítico, gestático, humanista y cognitivista. Y por lo que respecta a la Economía, todos somos conscientes de que hay dos sistemas teóricos principales, con dos modelos a ellos consecutivos: el capitalismo (propiedad, libertad de intercambios, de trabajo y de empresa) y el socialismo (colectivización de medios de producción, planificación rígida, pretensión de alta igualdad, etc). Ellos han sido capaces de producir dos tipos de economía a las que se han incorporado modificaciones y adaptaciones de gran trascendencia. En la obra de Joaquín ESTEFANÍA dedicada a “Nueva Economía: la globalización” (1977) se desgana esa tendencia a la dualidad entre el liberalismo y su versión contemporánea del monetarismo, y el socialismo. No sin la mediación instrumental intente adoptar una sabia mezcla de ambos como “método de corrección de sus respectivos problemas” (KEYNES)

El conjunto de comentarios que hemos ido haciendo a lo largo de las páginas anteriores, bien puede servir de sugerencia para encontrar una razón justificativa del primer encuentro entre la ciencia económica y la ciencia psiquiátrica. Lejanas en verdad, en sus definiciones etimológicas pero militantes, sin embargo, ambas en el horizonte de un estilo común de saberes, se hayan cargadas de complejidad en su propio entramado modelar, siendo multiparadigmáticas. Por ello, parecen capaces de ensayar intentos de multidisciplinariedad y de relaciones científicas.

Bien pues, el programa que me he propuesto abordar, tras este primer intento, va a ceñirse a otros nuevos y posibles enclaves, como los alusivos al uso de categorías comunes, al intercambio de auténticas prestaciones y al panorama de derroteros comunes. Son términos de una postulación que estamos tratando de argumentar y que se encuentra viva y fecunda, de múltiples maneras, en el pensamiento económico contemporáneo. Sirva de ejemplo el que ha tratado de descubrir las vinculaciones profundas entre la Economía y las Ciencias de la Vida, como es el latente en la colección *Economía y Naturaleza*, bajo los auspicios de la Fundación Argentaria. Quizás haya sido uno de sus testimonios más elocuentes, el representado por la traducción de la obra de René PASSET “*Principios de Bioeconomía*” (1996), donde se expone la inserción de la gestión económica en la biosfera, la analítica de las conductas económicas desde el ángulo de la biología comportamental o la medida de la actividad económica en términos energéticos.

ALGUNAS ANALOGÍAS CATEGORIALES.

El segundo plano donde descubrir un encuentro entre Psiquiatría y Economía, podría cifrarse en el análisis de categorías o conceptos claves comunes, utilizados por una y otra disciplina, en el desarrollo de sus planteamientos. Naturalmente, que si vamos en su búsqueda, existe toda una colección de los mismos, cuyo estudio panorámico o exhaustivo sobrepasaría los límites de este trabajo. Vamos, por tanto, simplemente y a continuación, a presentar una muestra referida a tres de ellos, en los que puede quedar patente esa participación. He elegido para ello, en primer lugar, un concepto económico y psiquiátrico de equilibrio, porque es quizás la derivación dinámica más típica de la temporalidad, como determinante más específico de las ciencias humanas. Nos referiremos, a

continuación, a la teoría de las fluctuaciones, desde cuya plataforma podremos asomarnos a las nociones de crisis y de ciclo. Y terminaremos aludiendo a la intervención, especialmente matizada por su intención “terapéutica”.

LA ACEPCIÓN DE “EQUILIBRIO”

Bastaría con abrir las páginas de los “Principios de Economía” de MARSHALL, para que nos encontremos de lleno con una generosa utilización de la noción de equilibrio, que se repetirá con ocasión de la relación entre oferta y demanda normales, con aplicación al equilibrio en periodos largos y cortos, o con su implicación en la ley del rendimiento creciente. Toda una versión de las condiciones bajo las cuales aparecen oscilaciones en torno al llamado equilibrio estable, ajustes a periodos, actuaciones lentas en relación a la tendencia al rendimiento creciente, diferencias entre demanda y oferta respecto a la elasticidad, y así otras. El equilibrio es algo a lograr en el mercado de bienes y servicios entre la oferta y la demanda, en el ámbito monetario de ahorro e inversión, etc.

La Psiquiatría, por su parte, como toda ciencia biológica, se sirve también de la noción de equilibrio que, naturalmente, va a encontrarse en el organismo, cifrada en términos de homeostasis. Claude BERNARD (1859), apuntó ya, que la constancia del medio interno es condición necesaria para la vida, con cargo a la cual puede determinarse la pauta general de la relación del organismo con su medio interior y exterior. En vistas a ella se hace posible el planteamiento de mecanismos de regulación que aseguren su independencia, cada vez más exigente a medida que ascendemos en la escala biológica. CANNON (1915), que como fisiólogo se interesó particularmente en ello, formuló la Ley de la Homeostasis, y examinó las condiciones en que se mantiene el organismo al paso de los diferentes procesos fisiológicos. Mantener su constancia y estabilidad revela la capacidad de adaptación propia de los seres vivos, con la que hacen frente a las amenazas internas y externas. Una y otra vez, el organismo entra y sale de circuitos a la búsqueda de una posición estable en que instalar su autonomía. Por otro lado, la autoregulación atribuida a factores centralizadores, nos permite asegurar la unidad del organismo. Y, aún más, los fallos en esa regulación van a convertirse en la pista de despegue de la enfermedad, sobre todo de la enfermedad psicósomática, que SELYE (1956) explica en base al estrés, definiendo la triple fase en que consiste el síndrome general de adaptación.

De esta manera, he aquí dos muestras palmarias de utilización de una categoría que tiene una larga ascendencia ligada al pensamiento griego. La inaugura Empédocles y la retoma Hipócrates cuando apela al equilibrio concreto de los humores, como realidades empíricas observables. Pero va, sobre todo, a producir frutos recientes en la historia de la ciencia posterior, cuando se hable, por ejemplo, del equilibrio de fusión en el campo de la Mecánica, o del equilibrio de acumulación aplicable al crecimiento de los tejidos en Biología, o en el abundante uso que de la misma va a hacer el propio psicoanálisis.

LA TEORÍA DE LAS FLUCTUACIONES.

De igual manera que cuanto acabamos de sugerir en relación con la temática del equilibrio, cabe ahora que fijemos nuestra atención en la teoría de las fluctuaciones, como medio de marcar el especial juego del tiempo en nuestras dos disciplinas. Desde el campo psiquiátrico, la teoría de las fluctuaciones va ligada a la noción de ciclo vital y a la de crisis. En el fondo de la teoría de la fluctuación late toda la cronopsiquiatría, que descubre micro y macroprocesos en el desarrollo del organismo, alcanzando una significación global en la concepción del ciclo evolutivo, donde se instalan los avatares tanto de la maduración como del envejecimiento. ERICKSON (1963), describe la vida del individuo a través de ocho etapas por las que pasa, sabiendo que en cada una de ellas, éste se va a enfrentar con una crisis, cuya resolución puede tener un resultado positivo o negativo, dependiendo de la “habilidad de la persona para producir un equilibrio”.

Por ello, en la teoría de las fluctuaciones, nada sea más significativo, quizás, que la apelación a la idea de crisis, término clave en toda Medicina, a la que Hipócrates se referirá como la “cesación repentina de un estado que pone gravemente en peligro la vida o la salud mental”.

Paralelamente, y en el ámbito de la ciencia económica, tanto la teoría de los ciclos, como la teoría de las crisis, suponen un estudio concreto de los fenómenos económicos en el tiempo, siendo precisamente las primitivas descripciones de sus alternancias económicas, las que la literatura del siglo XIX (SISMONDI, 1803) nos ha presentado como si fueran auténticos cuadros “clínicos”.

GUYTON, en su obra sobre las “Fluctuaciones económicas”, reserva el nombre de ciclos a aquellos fenómenos en que las variables que comprenden, se repiten pasando por los mismos valores. Evocan la imagen de una curva cerrada que representa un acontecimiento en una serie de fases, cuyas coordenadas nos permiten obtener su diagrama. Por ello, cualquier Manual actualizado de Principios de Economía, nos invita al estudio de los “business cycles”, subrayando el papel relevante de las llamadas “short run fluctuations” (prosperidad comercial, recesión, depresión y recuperación), cuya sistematización ha sido tan brillantemente a comienzos de siglo.

Ahora bien, nada es más expresivo de los fenómenos económicos en el tiempo, que la alusión a las crisis. Entendiendo por ellas ese complejo de acontecimientos circunstanciados que permite presentarse en cada caso con una fisionomía particular, anteponiendo su historia a su propia teoría. Cabe examinarlas, mas que como perturbaciones de un estado estacionario, como posición extrema de un estado oscilante, con lo que quedan asimiladas al curso de la variación cíclica. Pero en todo caso, la palabra crisis no deja de evocar un cierto eco “clínico” que convierte en paradigmática aquella afirmación de AFTALION cuando las entiende como “punto de intersección en que se pasa de la prosperidad a la depresión”.

LA INTERVENCIÓN Y LA INTERVENCIÓN “TERÁPICA”.

Plantear en el ámbito de la ciencia el papel de la intervención como contrapunto al de la especulación, ha venido siendo uno de esos temas cruciales en perpetua recurrencia. Para BACHELARD, “la aplicación no es el desmoronamiento del saber, ni tan siquiera un nuevo compromiso”. De ahí que haya que reinstalarlo en el quehacer cotidiano de muchas de las disciplinas más acreditadas. Tanto economistas como psiquiatras, realizan y valoran la necesidad y el cometido de la acción interventiva. Los economistas primitivos y hasta los clásicos, pensaban que la gestión apropiada de la riqueza constituye, precisamente, su gran misión. Los mercantilistas, los fisiócratas y hasta el mismo Adam SMITH lo consideraban así, cuando, en palabras de este último, la economía no era otra cosa que “un acto de gestionar la fortuna nacional y de organizar la actividad económica de los ciudadanos”. Y los psiquiatras, por su parte, sabemos que el restablecimiento de la salud mental es el objetivo inmediato de nuestro trabajo. Y así, de esta manera, el abandono de toda neutralidad epistemológica, viene a ser, como señalaba BACHELARD, la bandera de un cierto “racionalismo aplicado”, en el que probablemente coinciden hoy muchas ciencias, entre otras la ciencia psiquiátrica y la económica.

Las operaciones aplicativas en el ámbito de las ciencias humanas, discurren, evidentemente, de manera distinta a como acontecen en las de la naturaleza. GRANGER ha señalado tres rasgos propios de esa forma peculiar de aplicación que ostentan esos saberes, en base a los tres criterios siguientes: A) La previsión en el estudio de los fenómenos humanos tiene algo de histórico, mientras en las ciencias de la naturaleza se ajusta a la capacidad teórica de su impronta nomológica. Por lo tanto, en el ámbito propio de nuestras dos ciencias, la previsión implica un acto complejo de adaptación, que debe integrar variables muy diversas. B) Lo que en términos genéricos llamaríamos “terapia” implica tipos de acción parcial, vinculada a una idea de restablecimiento de la normalidad. C) Y en cuanto al criterio de planificación, este tiene precisamente un desarrollo especial en Economía, al que se suele confiar la “organización y reorganización sistemática de una estructura y su funcionamiento”.

Sin equivocarnos en el uso de las palabras, lo que hemos llamado “terapéutica”, tuvo un momento especialmente brillante tanto en el mercantilismo como en los clásicos. Y aún hoy pueden citarse ejemplos de experiencias económicas “terapéuticas” recientes, como aquel que se encuentra en las famosas experiencias Roosevelt entre el año 1933 y la víspera de la guerra mundial, en un país en plena prosperidad. Sus famosas cuatro fases de intervención incluyen muchas acciones interventivas, como las que en la primera de esas fases condujeron a la reducción de los gastos del Estado, al embargo sobre el oro, etc; o las que en la segunda, se llevaron a cabo con la creación de organismos públicos que subvencionan la supresión de algunas explotaciones agropecuarias; o las que en su tercera fase, obligaban al establecimiento de una unidad monetaria durable y a las compras de oro; o, finalmente, las que en la última, minimizan la acción estatal, retirando los créditos gubernamentales.

En conclusión, conservemos la idea de que tanto en el espacio de un saber clínico, donde la terapia tiene un sentido indiscutible y propio, cuanto en aquel que corresponde a la Economía, y de manera más o menos analógica, se produce un ejercicio interventivo, con cargo al que se ejercita una auténtica función restauradora. Y en ambos casos, se antepone un movimiento de previsión, que en las ciencias médicas da lugar al auge de la Medicina Preventiva, como teoría del riesgo, y que en el mundo de la Economía se ha consagrado de forma tan explícita, que no necesitamos comentar.

INTERCAMBIO DE PRESTACIONES.

MESTIZAJE DE SABERES

Un nuevo modo de ver y constatar la relación entre Economía y Psiquiatría, consiste en denunciar el parto de nuevas disciplinas que han nacido al hilo de la utilización de prestaciones de una hacia la otra.

En este orden de cosas, podría muy bien servirnos de modelo la llamada Psicología Económica, y por extensión la que algunos se han atrevido a llamar Psicopatología Económica. Van RAAIJ et Al (“Handbook of Economic Psychology”, Kluwer, Dordrecht, 1988) abordan a través de más de setecientas páginas, los puntos de esa nueva operación disciplinar. En ellos se rastrean sus fundamentos teóricos, las bases de la conducta económica doméstica, las de la conducta empresarial, etc, con el fin de esclarecer los supuestos cognitivos, emocionales y actitudinales que comportan.

En la otra vertiente, podrían señalarse las influencias con que la Economía marca algunos extremos de consideración psiquiátrica, haciendo posible la utilización de categorías económicas en los planteamientos de una Medicina preventiva y social, en el rol de los sistemas de servicios de salud, en la llamada Socioeconomía sanitaria, y, desde luego, en todo cuanto afecta a la conjunción entre salud y desarrollo. Puntos como esos son los abordados en la obra de SAN MARTIN, profesor de la Universidad de Paris, en la que colaboran DEBUTTLER, BRACHET, FERRAND, etc, que lleva por título “Salud Pública y Medicina Preventiva” (Masson, 1989). En ella y en muchas otras publicaciones recientes sobre Economía sanitaria, se denuncia el inmenso interés que su objeto suscita.

PSICOLOGÍA Y PSICOPATOLOGÍA ECONÓMICAS

Cuando DE LAS CUEVAS en el capítulo dedicado a la “Psicología Económica” dentro de la obra de GÓMEZ (1993), hace el balance de las aportaciones psicológicas al discurso económico, denuncia el escaso conocimiento de los factores psíquicos con que se trabaja. Quizás, porque se manejan a veces de forma tan solo intuitiva, en la explicación de las desviaciones del comportamiento económico. Le sirven de ejemplo el conjunto de previsiones prometedoras del año setenta en Estados Unidos, que se vieron incumplidas con un final de año marcado por la recesión económica. Y es que para explicar sucesos psicoeconómicos, es necesario apelar a nociones como actitud, expectativa, motivación, nivel de aspiración, que, en ese caso, no fueron manejadas.

Por suerte, el modelo general de una Psicología Económica, y aún el recurso a una Economía de la Salud, va lentamente consagrándose. El éxito obtenido por la obra de Van RAAIJ, donde se abordan conceptos tan básicos para el economista, como los que aluden al comportamiento del consumidor, al del empresario ó al análisis de las áreas psicosociales, supone todo un mensaje. En el, se enfatizan los rasgos de dinamismo, el carácter cíclico, la percepción de condiciones, el papel del bienestar personal subjetivo, etc. que sirven como variables independientes en algunas ocasiones y como variables dependientes en otras. No podemos dejar de pensar, siguiendo a KATONA, por ejemplo, que “el consumo depende tanto de la habilidad de comprar, como del deseo de compra”. O que las actitudes, como predisposiciones aprendidas y predictivas del comportamiento, son determinantes en las decisiones de mercado. O quizás, en la gran influencia que ejercen los grupos de referencia sobre el sujeto económico. Y así sucesivamente.

En la obra de Van RAAIJ, se ofrece, también, toda una sistemática del enfoque cognitivo de la conducta económica, analizando los aspectos racionales y razonados de la conducta, y asumiendo el procesamiento de información previo a la toma de decisiones. Dentro del texto, PIETERS plantea agudamente el rol de la afectividad en el comportamiento económico, criticando, al nivel con que lo hacen hoy las ciencias de la conducta, la drástica separación entre cognición y afecto.

Pero, por otra parte, tanto Van RAAIJ como DE LAS CUEVAS, abren, además, un apartado referido a las actuaciones disfuncionales tanto del consumidor, como del empresario, del productor, del ciudadano, etc. al que bien podría aplicarse el calificativo de diseño psicopatológico. Así, la conducta adictiva propia del consumo compulsivo, o el juego de los trastornos del control de impulsos, que con tanta frecuencia se nos presenta en el tráfico comercial, sirven como instancias de una dimensión anormal de la conducta, que no podría ser, en modo alguno, desconocida. Los trabajos de FABER y O’GUINN sobre “disfunctional socialization” o el Symposium de Psicología Económica de Lovaina (1988), recogen testimonios detallados al respecto. Y, desde luego, la problemática del estrés y de los trastornos de adaptación, tal y como viene apareciendo, desde los años ochenta, en las páginas del Journal of Economic Psychology.

ECONOMÍA DE LA SALUD

La otra vertiente que mencionábamos antes, como un ejemplo más de prestaciones mutuas entre Economía y Psiquiatría, se incluye en el terreno de la Economía de la salud. SAN MARTIN (1989), señala como punto de partida el que la enfermedad y la salud son hoy “producto de un modo de vida en que la sociedad se dedica a reparar todo aquello que ella misma ha destruido por las condiciones de hábitat, trabajo y vida colectiva”. Y continua señalando el rango que las relaciones sociales entre los hombres y singularmente las actividades de producción, tienen en la génesis de aquellas. Ahora bien, si “el sistema social parece estar siempre estructurado sobre un sistema económico de producción”, y en él, se desarrollan múltiples subsistemas estructurados, no podría por menos de encontrarse en ese ámbito también, el subsistema sanitario.

Es cierto, como señala DESTANNE DE BERNIS (“Santé Publique et Economie”. PUF. Paris, 1973), que los economistas tienen una gran dificultad para comprender la naturaleza de los fenómenos que ocurren fuera del mercado; y que los médicos la tienen para entender las normas técnicas en que se inspira la economía. Pero no lo es menos, que la industrialización de los siglos XIX y XX ha buscado conexiones indiscutibles en el acontecer de ambos mundos.

La economía de la salud debe concebirse como un ecosistema humano abierto, en cuyo seno tiene lugar un complejo de actividades de producción, cambio y consumo de servicios y bienes, que afecta a los individuos, a los profesionales y a las propias empresas hospitalarias. La dimensión microeconómica obliga a pensar que el comportamiento del consumidor de productos de salud está influido, no solo por factores medico-biológicos, sino por factores psicosociológicos y, desde luego,

también por factores económicos. Y en el ámbito macroeconómico, el sector de la salud comporta un haz de relaciones internas y externas respecto a sectores económicos y sociales distintos con los que se vincula, y, desde luego, con el conjunto de la producción, que podrían ser considerados trascendentales.

Si me fuera permitido citar un ejemplo más sobre consideraciones mixtas económico-sanitarias, nada mejor que pensar en como se desarrollan hoy, en el mundo de la Sanidad, los estudios de coste-rendimiento, coste-eficacia y coste-beneficio. En la seguridad de que a ese examen están abocadas las programaciones, las inversiones y hasta la bioética de la economía sanitaria.

ALGUNOS DERROTEROS COMUNES

Después del balance que hasta aquí hemos hecho de las diversas vías abiertas al encuentro entre nuestras dos ciencias, es conveniente terminar nuestro análisis reflexionando sobre el trazado de una ruta común de tendencias y orientaciones en que ambas coinciden.

Bastaría recordar, como primer signo, el que ambos saberes son partícipes de un cierto formato científico, muy sensible a la articulación entre previsión y prescripción. Hemos comentado ya, en páginas anteriores, el cariz del nivel probabilístico de la previsión, y el peso del acento interventivo con que ambas están hoy comprometidas. Este doble juego de pretensiones, descansa, a su vez, en un uso limitado de la causalidad, una apelación a la multicausalidad propia de los fenómenos implicados, y hasta en un recurso a los diseños peculiares de una causalidad circular, muy distante de los derroteros que las ciencias fisiconaturales suelen seguir.

Un segundo signo que en ambas se denuncia, podría ser la asunción restringida de la experimentación, considerada como metodología fuerte. Debemos confesar que sobre fenómenos humanos no se puede alcanzar el nivel de formalización y de axiomatización propio de los de la naturaleza, aunque quepan aproximaciones cuantitativas y análisis probabilísticos. Y ese hecho se ha puesto, precisamente, de manifiesto hace muy poco, con motivo de la utilización de modelos matemáticos en la última crisis financiera.

Cabe, además, preguntarse sobre la posibilidad de experimentación rigurosa que en nuestras dos ciencias se lleva a cabo. Es de sobra sabido que la Psiquiatría utiliza frecuentemente modelos animales y que se encuentra éticamente limitada para llevarla a cabo, en muchas ocasiones, con seres humanos. Por lo que respecta a la Economía, indudablemente su teorización es alta, su matematización progresiva y la economía experimental se atreve a testar sus modelos por simulación. La obra de KAGEL y ROTH (Pinceton University Press) con el atractivo título de “Hanbook of Experimental Economics”, apuesta no solo por antecedentes históricos de experimentación entre 1930-1960, sino por una serie de experiencias referidas al mercado, al equilibrio competitivo, al control experimental de preferencias individuales, a los juegos de coordinación, etc, que podrían hoy programarse, aunque todo ello conlleve, sin duda, limitaciones no siempre superables.

Así las cosas, cabe aún plantearnos si tanto la Psiquiatría como la Economía son, en realidad, ciencias duras o ciencias blandas. No hay duda que ambas tratan de evitar un cierto subjetivismo, pero tampoco la hay, desde luego, no son capaces de alcanzar un nivel de formalización como el de las ciencias totalmente objetivas. Hoy por hoy, las ciencias duras, nobles e incontestables y las ciencias blandas, tiernas y sensibles, aparecen en el horizonte de calificación de nuestras disciplinas, de manera perpleja. La comprensión del hombre les obliga a una hermeneusis como dimensión de sentido, a la que GADAMER en el pensamiento alemán, y Paul RICOEUR en el francés, han convertido en dimensión simbólica de la praxis humana. Y es que, separar el objeto y el sujeto, el pasado y el presente, la significación de las normas, la realidad de los valores, etc. es clave, fundamental de sus respectivos quehaceres.

Hay un tercer signo que marca también un derrotero común en el caminar propio de la Psiquiatría y la Economía de nuestros días. Me refiero a la invocación de un modelo cognitivo-informacional. En Psiquiatría ese modo de trabajo se inicia en los años cincuenta, de mano de figuras tan señeras como BRUNER, GOODNOW y AUSTIN (“Study of Thinking”) o en MILLER (“The Magic Number Seven”), en NEWL y SIMON (“The Logic Theory Machine”), donde se viene haciendo una marcada apuesta por la teoría de la información, por la de juegos, o por lo que WIENER llamaría Cibernética, como fuerza configuradora de una nueva ciencia mental. Los sistemas hombre-máquina y el paralelismo pensamiento humano-computador, lo ponen de manifiesto. En los años sesenta, MILLER y PRIBAM escriben, al respecto, su famosa obra “Plans and the Structure of Behavior”, señalando que la estructura del sistema nervioso y la de la conducta coinciden en ser sistemas de autorregulación asimilables cibernéticamente.

La incorporación de un paradigma cognitivo al ámbito de las ciencias económicas, ha hecho posible, así mismo, el paso de una cierta economía industrial a una economía de la información. El Instituto de Investigación para una Coevolución Creativa, parte del hecho de que en cada producto que se adquiere late una relación entre la cantidad de energía-materia y la cantidad de información que el producto contiene. Al comprar un producto adquirimos la información incluida en el mismo, a través de muchas de sus dimensiones incorporadas. Y cada vez más, los artículos contienen mayor caudal informativo, de manera que se llega a disponer de grandes contingentes de información en un mínimo soporte de energía-materia.

Todo ello no parece ser sino el efecto de lo que Peter DRUCKER en su libro sobre “Las nuevas realidades” afirmaba, cuando señala que el cambio más grande que en Economía ha podido acontecer, es el determinado por el paso hacia una sociedad del conocimiento. El profesor HARBERGER en la obra que dirige sobre “World Economic Growth” conjuga múltiples estudios sobre la reducción de la energía-materia de los productos, el aumento del contenido informativo y de inteligencia que en ellos aparece y, en resumidas cuentas, la transición de una economía industrial a una economía de la información. Son signos de la misma, la debilidad de la demanda en materias primas frente al aumento de competitividad de productos eficientes, y, desde luego, el de la carga de dotación informacional que ostentan los productos estrella. Ahora bien, esa economía de la información no va simplemente a reemplazar a la industrial, sino que pretende absorberla, incluyéndola en su desarrollo.

Si en esta línea cognitivo-informacional tuviéramos que ofrecer un nombre y un estudio significativo actual en el campo económico, merecería la pena que lo hiciéramos con el de Albert WHITE y su obra “Artificial Neural Networks” (Blackwell. Oxford, 1992), donde el ilustre profesor de San Diego, plantea las capacidades y limitaciones de las redes neurales artificiales en campos científicos de la neurociencia, de la economía, la ingeniería y la cibernética.

Como último signo de un derrotero común, quiero invocar aquel que se desprende de la justificación que nuestros dos saberes obtienen, con la invocación de un objetivo primordial y palpable a su praxis. Y es que tanto la Economía como la Psiquiatría, pueden ser entendidas hoy como medios a la búsqueda de una mejor *calidad de vida*. No es esta la ocasión de comentar todo lo que la literatura actual viene entendiendo por sistema de calidad, ni todo lo que supone la calidad de vida.

Bastaría con señalar como, desde el lado psiquiátrico, se ha cifrado en ella “el objetivo terapéutico establecido por el profesional para el caso concreto, mediante un proceso que aumente el bienestar percibido y minimice los efectos negativos de la intervención”. Se trata de una meta multidimensional, que apela tanto al estado funcional, psicológico y social, como al de los efectos secundarios del tratamiento, el soporte y la relación con el entorno. Este objetivo, en un futuro próximo está llamado a ser un parámetro prioritario para medir la eficacia de la intervención sanitaria.

Tengo la impresión de que esa misma meta, aunque se exprese en términos quizás distintos pero en el fondo equivalentes, alienta también en todo propósito de espiritualización y moralización de

la Economía. Tanto desde las alegaciones de Bertrand de JOUVENEL (1968), en su ensayo sobre el “vivir mejor”, como desde las de Vilfredo PARETO (1906) en su “Trattato”, hasta las páginas de Amartya SEN (1987) en su “*Sobre Ética y Economía*”, está presente ese condicionante finalista. Como lo va a estar en James BUCHANAN (1996), Gary BECKER (1977) o en PASSET (1996), cuando, por ejemplo, éste último señala que “los bienes orientados a mejorar la calidad de vida tienden a ir abarcando un lugar cada vez más destacado en nuestros presupuestos”. La dinámica de ese diseño parece implicar todo el caudal de dimensiones temporales, cognitivas, afectivas y de eficacia, que merezcan ser propuestas.

Quede aquí el intento de conjugar el feliz encuentro de dos disciplinas que a primera vista parecían lejanas, pero que no son ni tan distantes ni tan distintas, si somos capaces de introducirnos en sus respectivos “hogares”, para mirar de forma transparente y solidaria a su mutua contextura. Hemos ejercitado un montón de razones que han servido de hilo conductor a este trabajo, glosando el horizonte común donde se albergan, el uso analógico de categorías comunes, las prestaciones mutuas y los derroteros paralelos. Y quiero creer que nos han servido de algo. Pero al menos, hemos practicado esa virtud intelectual que invita a la comprensión entre saberes y a la unidad del conocimiento. Una virtud que, estimo, se acrecienta con el fomento de la multidisciplinariedad.

BIBLIOGRAFÍA:

- APOSTEL et Al (1983): Interdisciplinariedad y Ciencias Humanas. Tecnos. Madrid.
- BECKER, G. (1977): The Economic Approach to Human Behavior. Paris 28-30, Comunicación CNRS-MSH.
- BERNARD, C. (1859): Les phènomenes de la vie. Paris.
- BONARD, J. (1967): Philosophy and Political Economy. Allen Unwin. New York.
- BUCHANAN, J. (1996): “Ética y progreso económico” Ariel. Barcelona.
- CANNON, W.B. (1915): Bodyly Changes. Brandorf Co. Boston.
- CASSANO, G.B. (1993): Traattato Italiano di Psichiatria. Masson. Milano.
- CASTEL, F. et Al (1979): La société psychiatrique avancée. Grasset. Paris.
- COLONNA, R. (1997): Iniciación a la Economía. Acento Editorial. Madrid.
- DE BERNIS, D. (1973): Sante Publique et Economie. PUF. Paris.
- DE LAS CUEVAS (1993): Psicología Económica (En: GÓMEZ et Al: Aplicaciones de la Psicología Social. Miguel Gómez Ediciones. Málaga.
- DINAN, T. (1985): The Scientific Bases of Psychiatry. Wright. Bristol.
- ERIKSON, E. (1972): Adolescencia y Sociedad. Siglo XXI Buenos Aires (Original: 1963).
- ESTEFANÍA, J. (1997): La nueva Economía. La globalización. Debate. Madrid.
- GARCÍA OLMEDO, F. (1998): Genética de las poblaciones- Rev. Libros, nº 23. Noviembre.
- GRANGER, G.G. (1955): Méthodologie Économique. PUF. Paris.
- GUSDORF, G. (1983): Pasado, presente y futuro de la investigación interdisciplinaria. (En Apostel et Al: Interdisciplinariedad y Ciencias Humanas. Tecnos. Madrid).
- JAMES, C. (1961): Principles of Economy. Barnes & Noble. New York.
- KAPLAN, H.; SADOCK, B. (1996): Sinopsis de Psiquiatría. Panamericana. Madrid.
- KAPLAN, H. (1997): Tratado de Psiquiatría / IV. Vols. Panamericana.
- KUHN, T.S. (1971); La estructura de las revoluciones científicas. FCE. México.
- LAZORTHES, G. (1997): Sciences humanines et sociales. Masson. Paris.
- LICCIARDELLO, N. (1957): Filosofia dell’Economia. Cedan. Padova.
- MARSHALL, A. (1954): Principios de Economía. Aguilar. Madrid.
- MEHTA, J.K. (1964): Interpretación filosófica de la Economía. Deusto. Bilbao.
- MENÉNDEZ OSORIO (1998): Interdisciplinariedad y multidisciplinariedad en salud mental. Hosp. J. Canalejo. A Coruña.
- MILLET, L. (1968): Panorama des Sciences Humaines. Bordas Mouton. Paris.
- PARETO, V. (1906): Oeuvres completes. Droz. Genève.
- PASSET, R. (1996): Principios de bioeconomía. Visor.

- PIAGET, J. (1972): Epistemología de las ciencias humanas. Proteo. Buenos Aires.
- POURTOIS; DESMET (1992): Epistemología en ciencias humanas. Herder. Barcelona.
- ROLL, E. (1985): Historia de las doctrinas económicas. FCE. Mexico.
- RUIZ DE GOPEGUI, L. (1983): Cibernetica de lo humano. Fundesco. Madrid.
- SAMUELS, W.J.; BIDDLE, J.E. (Eds) (1997): Research in the History of Economic Thought and Methodology. Vol. 15, Jai Press. London.
- SAMUELSON, P. (1990): Economía. McGraw Hill. Madrid.
- SAN MARTIN, H. (1989): Salud pública y medicina preventiva. Masson. Barcelona.
- SELYE, H. (1956): The Stress of Life. McGraw Hill. New York.
- SEN, A. (1987): Sobre Ética y Economía. Alianza Universidad. Madrid.
- SISMONDI, J. (1803): Traité Commerciale. Genève.
- SMIRNOFF (1983): La aproximación interdisciplinar en la ciencia de hoy (En Apostel et Al: Interdisciplinarietà y Ciencias Humanas. Tecnos. Madrid).
- SMITH, A. (1994): La riqueza de las naciones. Alianza. Madrid.
- SORIGNER, F.J. (1993): ¿Es la clínica una ciencia?. Díaz de Santos. Madrid.
- SUTTER, J. (1990): Un éloge de la Psychiatrie. Frison-Roche. Paris.
- VAN RAAIJ et Al (1988): Handbook of Economic Psychology. Kluwer Academic Publish. Dordrecht.
- WEBER, M. (1987): La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Península. Barcelona.
- WHITE, H. (1992): Artificial Neural Networks. Blackwell. Oxford.